

CIUDAD LABERINTO

Víctor Abel Jiménez Jódar

CIUDAD LABERINTO

ESDR  **JULA**
EDICIONES

{COLECCIÓN **DIÁSTOLE**}

Primera edición, noviembre 2020

© Víctor Abel Jiménez Jódar, 2020

© Esdrújula Ediciones, 2020

ESDRÚJULA EDICIONES

Calle Marqués de Mondéjar 16, 18005 Granada

www.esdrujulaediciones.es

info@esdrujulaediciones.es

Edición a cargo de

Mariana Lozano Ortiz

Diseño de cubierta: David López

Impresión: Gami

Tipografía de cubierta *Idem Display* cortesía de Dino dos Santos

(DSType Foundry- Portugal)

«Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el Código Penal vigente del Estado Español, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeren o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística, o científica, fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.»

Depósito legal : GR 1517-2020

ISBN:978-84-122931-0-4

Impreso en España · Printed in Spain

Ciudad laberinto o teoría de la resistencia del
flâneur.

Por Daniel Rodríguez Moya

¿Para qué sirve la poesía? Con esta pregunta, siempre con dedo acusador, se asalta a menudo a aquellos que se sumergen en el juego de hacer versos, que no es un juego, como a modo de advertencia nos anota Víctor Jiménez a las puertas de este libro recordando a Jaime Gil de Biedma. Conviene siempre tener eso presente si no queremos extraviarnos en un tablero, el de la poesía (o el de la vida, si es que hubiera diferencia), que a menudo se nos torna como un laberinto imposible.

Leer este libro se parece a transitar unas calles que, al pasar por ellas, nos dejan siempre la sensación de haber estado allí antes. Pero algo ha cambiado desde la última vez, sin que sepamos muy bien de qué se trata. Así son los poemas que nos encontramos en esta *Ciudad laberinto*. Nos dejan, aunque jamás los hubiéramos leído antes, la sensación de haber estado ya en ellos, de haber experimentado en algún momento por determinar ese vértigo de no saber si podremos salir indemnes. E intentamos recordar cómo lo hicimos la vez anterior. Pero es que algo en ellos es distinto a esa otra vez,

si es que existió ese momento que creemos estar reviviendo. Es como si fuera un *déjà vu* distorsionado.

Si a menudo se asalta a los poetas sobre la utilidad o la pretendida inutilidad de la poesía, al leer los poemas de Víctor Jiménez no podemos obviar otra advertencia, una declaración de principios para que no nos llevemos a ningún tipo de engaño. Vamos a dejar las cartas sobre la mesa desde un primer momento: el poeta es un *flâneur*, un paseante, alguien que de manera aparentemente errática, sin un rumbo predeterminado, ocupa sus días en caminar por la ciudad, porque ese es su escenario natural, aparentemente perdiendo el tiempo, de una calle a otra, entre una multitud que fluye sin apenas conciencia de su propio recorrido, y capturando instantes para luego moldearlos en su taller, para fijarlos en una especie de álbum de fotos de época que tiene la particularidad de ofrecer estampas cada vez distintas con las que construir escaleras de palabras, que como podemos leer en «El sentido del poema o la inspiración fugaz», confunden la poesía con la realidad: «un camino difuso por donde discurría / la luz crepuscular del entendimiento». Por eso el *flâneur* que nos presenta Víctor Jiménez en este libro reafirma en cada poema su auténtica vocación de observador consciente, no el del vagabundo que simplemente pasaba por allí. Un observador que es capaz de vencer el fin del tiempo del *flâuner* que Walter Benjamin, en su ensayo *Charles Baudelaire, un lírico en la época del alto capitalismo*, sitúa precisamente en la llegada, para quedarse, de la sociedad de consumo que termina por atrofiar toda capacidad de observación crítica. El

flâneur que transita estas páginas no tiene nada que ver con ese personaje que se le opone y que es producto de esa sociedad de consumo impuesta, y que Víctor Fournel identificó en el último tercio del XIX como «badaud», es decir, un mirón, un simple y común mirón en el que todo atisbo de individualidad desaparece quedando completamente absorbido por la masa, convirtiéndose en parte indisoluble de ella. Una masa acrítica que mira, pero no observa, que camina pero no sabe hacia dónde.

La primera parte de este libro es precisamente una suerte de manual de instrucciones, el plano callejero al que debemos atenernos si no queremos deambular sin rumbo, perdernos en un territorio siempre hostil o lo que es peor, diluirnos en la masa que camina. Si la ciudad es una escritura, como escribe Roland Barthes, el poeta es un paseante que va hilando su sentido, recogiendo retazos inconexos en su libreta de notas o en su teléfono celular, como si fuera un juego, sí, pero un juego muy serio, y que sabe que los libros que terminarán por conformar esas palabras serán los que nos lean a nosotros. Y en ese paseo pausado, porque el *flâneur* nunca va deprisa, no se deja arrastrar por la velocidad de la caída libre de los días, encuentra las cicatrices de la noche, cuando la luz del sol deja de camuflar la irrealidad de nuestro tiempo. Y es así que el escenario nocturno nos muestra la verdadera dimensión de las heridas que el poeta nos arroja de la única manera posible que dicta la honestidad: en toda su crudeza. Y es así como nos hace sentir el vértigo y, escribe Víctor Jiménez, «el olor a precipicio, / no a bosque o mar, / sino al lugar aquel / donde nace el abismo».

La noche es la incontestable metáfora de la vida. No hay luz de neón posible que haga brillar tanto la realidad como para ocultarla. Los amaneceres siempre camuflan que la masa camina sin sentido. Es esa la paradoja que encierran estos poemas porque es en la noche oscura, en la ciudad del paseo nocturno entre charcos brillantes, en esos «pasajes afilados de la noche» cuando más lucidez alcanza el poeta y es consciente del peligro: «por las calles me redimo / hasta confundirme con los demás. / Mi aspiración es descubrir / aquello que no soy / y siempre me acompaña». Nos presenta entonces Víctor Jiménez una galería de personajes sacados de esa masa: el corrupto, el inmoral, el jugador, la malvada, el alcohólico, la yonki, la existencialista..., arcanos menores de una baraja que sabe marcada, y así nos la muestra. Personajes irredentos que tienen, en uno de ellos, la suma de toda la miseria moral que teme el poeta: *El hombre sin memoria*. Porque nada empuja más al paseante a fundirse en el fluir de la masa que la pérdida de la memoria: «Ciego voy de pasado / hacia el momento / que me invade».

Víctor Jiménez sabe que el poeta es el último *flâneur* de una sociedad en la que hace mucho tiempo no hay espacio para el paseante que observa y sabe que la única posibilidad de resistencia estriba en la capacidad de mantener una mirada oblicua ante todo lo que va encontrando en su camino, es decir, una mirada que sea capaz de percibir mucho más de lo que los ojos nos muestran delante, ya que como José Saramago nos alumbró en *Ensayo sobre la ceguera*, nos azota una epidemia de «ceguera blanca» en la que, escribe el por-

tugués, «estamos ciegos, ciegos que ven, ciegos que, viendo, no ven». Por eso el poeta, todos los tipos de poetas que nos presenta Víctor Jiménez en la última parte del libro, están obligados a aprender a mirar el mundo que encuentran a su paso con esa mirada otra. Da igual que estemos ante un poeta humilde, una poeta ocupada o inspirada, romántica o trascendental. Eso es lo de menos, porque todos los poetas, en definitiva, construyen el mundo que habitamos con su manera de mirarlo y esa es precisamente la responsabilidad que adquieren cuando comienzan a aprender las reglas de un juego que no lo es.

La utilidad de la poesía estriba precisamente en eso, en conseguir una mirada oblicua como forma más incisiva de percibir la realidad. Una realidad que no existe en tanto que no la observemos y que, por consiguiente, se perfilará de la manera en la que seamos capaces de construirla.

¿Para qué sirve un poema? Así de simple y contundente lo señala el poeta Rafael Guillén cuando en entrevistas varias se recurre a la pregunta acusadora: «La poesía sirve para andar por la calle con los ojos abiertos». Y este libro de Víctor Jiménez nos invita precisamente a eso, a convertirnos en *flâneurs*, nunca en simples mirones asimilados a una multitud que hoy está en las más laberínticas, si cabe, avenidas del ciberespacio, a salir a la calle con los ojos abiertos, a caminar sin prisa y a observar como una forma de resistencia ante el fuego de artificio con el que se nos muestra una realidad que creemos entender en nuestra ceguera blanca.

Ciudad Laberinto

A las amigas y amigos
que formaron parte de este viaje.

*La ciudad es realización de un viejo sueño humano: el laberinto.
Realidad que persigue al flâneur sin saberlo.*

WALTER BENJAMIN

El poeta goza del privilegio incomparable de que puede ser a discreción bien él mismo o bien otro. Como el alma errante en busca de un cuerpo, entra, cuando quiere, en la persona de otro. Para él la persona de cualquiera está libre y abierta, y si algunos lugares le parecen cerrados, es porque, a sus ojos, no vale la pena visitarlos.

WALTER BENJAMIN

Cuando voy por la calle —o por la vida— y encuentro estos objetos, les aplico a todos, sin darme cuenta, una misma actividad, que es la de cierta lectura: el hombre moderno, el hombre de las ciudades, pasa su tiempo leyendo. Lee, ante todo y sobre todo, imágenes, gestos, comportamientos.

ROLAND BARTHES

I

**EL JUEGO DE HACER
VERSOS**

*El juego de hacer versos
—que no es un juego— es algo
parecido en principio
al placer solitario.*

JAIME GIL DE BIEDMA

*La ciudad es una escritura; quien se desplaza por la ciudad, es
decir, el usuario de la ciudad (que somos todos) es una especie
de lector que según sus desplazamientos aísla fragmentos del
enunciado para actualizarlos secretamente.*

ROLAND BARTHES

La biblioteca

Supongo una biblioteca.

La supongo repleta de lecturas y de lectores.

Supongo una lectura y un lector concretos:

un texto que es leído y un lector que lee.

Supongo que son estas mismas, u otras palabras,
por ejemplo, las que son leídas, las que se están leyendo.

Supongo ahora, que más que nosotros son los libros.

Que no somos nosotros los que leemos los libros,
sino que más bien, son los libros los que nos leen a nosotros,
los que se asoman a nosotros cuando los estamos leyendo.

Supongo que las bibliotecas son una especie de templos
a los que vamos para que los libros nos lean,
para comprender nuestra humanidad y así llegar a sernos.

Y que luego, más tarde, cuando la noche haya caído
y queden vacías salas y pasillos, y el silencio total
se propague por estanterías, repisas y anaqueles,
supongo que harán crítica y comentarán entre ellos
la calidad de la lectura que han recibido: la sensibilidad,
la sabiduría, la curiosidad que en nosotros había.

Infinitud paradigmática

Homicidios lingüísticos
se perpetran a diario
tras la inocencia aparente
del poema.

Como en una intriga de palacio,
cada palabra busca
a toda costa su objetivo,
su lugar concreto en la oración,
su posición exacta en el discurso,
empleando si es preciso
hasta las malas artes:
el engaño, la traición, el asesinato,
la sintaxis, el hipérbaton...

El ave marina o el vuelo del poeta

A ras de agua la pardela
mide exactamente
el espacio que media
entre su cuerpo y el mar:
ondula el movimiento
como mece cada ola
el azar inquieto de la espuma.

La piedra pómez o la creación del poema

Recién arrojada desde las entrañas de la tierra,
la lava quemante, se redondea en su tránsito aéreo.

Con violencia golpea la superficie serena del mar
—que comienza a hervir— creando sueños de nube y piedra.

Así van tomando conciencia de forma sus volutas,
ocupando un espacio en el que antes nada había.

La piedra pómez, porosa de mar y aire,
invita al magma ardiente a ser cielo y espuma.

El oficio de poeta

Pero no basta.
Pudiera parecer
que para escribir poesía
—para ser poeta
o adoptar su pose—
fuera indispensable
reventar por dentro,
como un fanático
o como un idiota.
O arrojar sangre eternamente.
O morir de amor a cada aliento.

Y todo, para descender,
peldaño a peldaño,
hasta la boca del infierno,
que siempre es cada uno.

O para recuperar
la otra parte del espejo,
que también te pertenece.

O para reconocer
tu rostro en un minuto,
que es lo que dura un poema.